

nes ante la efígie; José Cañizález Márquez por sus *Nombres en el tiempo*; a Armando José Sequera por su *Alegato contra el automóvil*, a Tomás Polanco Alcántara por *El Irreprochable optimismo de Augusto Mijares* y a José Pulido por sus reportajes de *Muro de confesiones*.

“LA PASION DE COMPRENDER”

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

En su libro *La Pasión de Comprender* (Caracas: Ariel/Seix Barral, 1983, 173 p.), reúne Manuel Caballero un conjunto de ensayos en los cuales es evidente la posición del *ensayista* y afirmamos esto porque los textos que forman este libro están escritos por un autor que posee el *espíritu* que la elaboración de este género exige. Es por esto que entre nuestros ensayistas actuales es Caballero uno de los que más seduce al lector. Leerlo, aunque no estemos de acuerdo con su pensamiento, es grato. No nos fastidia. Escribe bien. Pocas veces en *La pasión...* es enrevesado como lo fue en otros de sus libros. Sabe presentar los asuntos que trata con agudeza.

En los doce estudios que forman el libro que comentamos se nota que Caballero se propone comprender sin prejuicios los sucesos del pasado. Esta visión se enriquece mucho más gracias a la buena preparación humanística de su autor, a su no común formación literaria —que pocos historiadores nuestros poseen—. Esto le permite ir muy hondo, llegar al meollo de sus temas.

En *La pasión...* como ya lo hemos sugerido recoge Caballero trabajos en los cuales examina asuntos históricos o en los cuales se refiere a problemas políticos, pero siempre dentro de una perspectiva histórica, o tomando pie a los sucesos del pasado. Hay también alguna página en la cual Caballero se aventura por los senderos de la futurología. Nada gratas son sus conclusiones en el texto titulado *Aquí, ahora. ¿Y después?*

En *La pasión...* encontramos que los temas tratados por su autor se espigan alrededor de varios núcleos. En ese primer segmento trata asuntos relativos al bolivarismo. El otro foco lo forman sus indagaciones sobre el siglo que vivimos. En el tercero nos ofrece una incursión hacia el porvenir, hecha a partir de la siguiente concepción: “Hay dos maneras de predecir el futuro: una es la brujería, la otra la historia... Para la primera, cada pueblo... tiene su particular fórmula... Para la segunda, sólo una: comprender en su exacta dimensión el presente” (p. 165).

La parte más amplia del libro de Caballero, la que más nos ha interesado, la que mayor número de interrogantes ha suscitado en nosotros, la componen aquellos análisis en los cuales examina el siglo xx venezolano. En esta sección nos interesan más los trabajos en los cuales el autor de *La pasión...* examina

acontecimientos en los cuales no participó que cuando se refiere a aquellos en los cuales ha sido testigo implicado. Pero esto último, valga la paradoja, no son desdeñables, pues éstos también han tratado de mirarlos con imparcialidad hasta donde el hecho de vivir en la misma época en que se han producido, el haber participado en la actividad política desde una tola determinada, se lo ha permitido.

Al referirse al presente siglo se pregunta Caballero si podemos seguir repitiendo que Venezuela entra en el siglo xx en 1936 —a poco de fallecer el General Gómez— o si más bien no deban buscarse criterios más profundos para responder a tan significativa pregunta.

Se pregunta también cómo es el venezolano, que es el sujeto de esa historia contemporánea que pudo iniciarse en 1936 —no lo creemos— o en 1945 —quién sabe— o bajo Gómez cuando se toman las decisiones fundamentales que influirán en esa contemporaneidad. Y se detiene en esto porque para una inmensa mayoría de gente el venezolano es “el peor espécimen que haya parido la especie humana... El venezolano común y corriente vive, pues, aplastado por un permanente complejo de culpa” (p. 15). Se pregunta Caballero si tales cosas son reales o sólo son puntos de vista que se sostienen “en momentos de ira o desesperanza y que ciertos pretendidos maestros... nos dicen a cada rato, a saber que el venezolano es incivil, violento, insano, inculto, que en el fondo no cree en la democracia y seguramente tampoco en Venezuela” (p. 14-15). Pero como anota Caballero señalar esto por una parte no es decir nada nuevo y por la otra quien tal cosa afirma “apenas está ingresando democráticamente en el montón de esos despreciados venezolanos a quienes diariamente se enseña a despreciarse ellos mismos” (p. 16).

Dándose cuenta que en observaciones como ésta no se dice la verdad prefiere el autor de *La pasión*... explorar la condición del venezolano actual —al menos aquel que ha vivido desde la muerte de Gómez hasta estos días—. Y en ese hombre y esa mujer que han sido quienes han dado vida a este país encuentra, que a diferencia de lo que los “Profetas del desastre” han propalado, son seres que se caracterizan por ser pacíficos, civilizados, sanos, democráticos e intensamente venezolanos. Y en esto último no hay redundancia.

¿Por qué afirma esto Caballero? El venezolano es *Pacífico* porque desde hace ochenta años —desde los días de la llamada Revolución Libertadora— que no fue ni lo primero ni lo segundo— “no desencadena ni soporta guerras civiles” (p. 16). Los caídos desde la muerte de Gómez, durante el golpe de estado que llevó a Acción Democrática al poder, los que perdieron la vida peleando en 1958, durante el porteñazo, el carupanazo, las guerrillas no llegan ni a la quinta parte de las bajas de la Revolución Libertadora, ni a la décima de los hombres que se enfrentaron contra el gobierno de Castro en la batalla de La Victoria (octubre 11-noviembre 2, 1902) donde el jefe andino destruyó a sus enemigos en el primer acto de una liquidación que sellaría Juan Vicente Gómez meses más tarde en la batalla de Ciudad Bolívar (julio 21, 1903), la cual puso fin a las guerras civiles. Las rebeliones que vinieron después fueron de otra índole. Y por no haber comprendido el pacifismo de los venezolanos, al cual alude Caballero, también salió nuestra izquierda derrotada en los años sesenta.

Y según Caballero, también es el venezolano Civilizado, Sano, Culto, Democrático y Venezolano... ¿Por qué? *Civilizado* porque la mayor parte de la población vive en ciudades con todas las consecuencias que ello implica. Es *Sano* porque su esperanza de vida ha aumentado mucho al vencerse las enfermedades endémicas que lo acosaron durante centurias. Es *Culto* por el "acceso de la inmensa mayoría... a determinado tipo de cultura, a la proyección de la ideología dominante a través de la televisión, de la radio, de la prensa popular... y en menor grado de la escuela y tal vez de la Iglesia. Si en algún terreno los venezolanos somos homogéneos es precisamente en éste: todos tenemos la posibilidad de acceder a los mismos prejuicios; de comprar los mismos blus jeans; de tartajear el mismo *espanGLISH*... de vitorear al mismo caballo y de poblar nuestras noches con la misma reina de belleza. Todos... Y... desde 1958" (p. 18). El venezolano es *Democrático* por haber creado y sostenido con su opinión y con su voto el régimen en el cual vivimos. Sistema que en 1985 "al escuchar otro... mensaje presidencial, se revelará como el más largamente sólido régimen que Venezuela haya conocido desde 1830: ni el paecismo, ni el liberalismo de abril, ni el gomecismo, habrán sido tan longevos... En este terreno, y sería tal vez el único, nuestro siglo xx no comienza en 1958, sino propiamente en 1936; desde ese año Venezuela no ha dejado de ser democrática" (p. 19) y por último el venezolano es *Venezolano*, como escribe Caballero, por estar unidas por carreteras todas las regiones del país. A lo cual habría que añadir que en el momento en que escribimos estas letras ya puede ir quien así lo desee desde Caracas a Puerto Ayacucho por tierra a través de una carretera que se inicia en Caicara del Orinoco. (Ver Antonio Rafael Boadas: *Geografía del Amazonas venezolano*. Caracas: Ariel/Seix Barral, 1983, p. 214). La puesta en funcionamiento de esta vía ha integrado a todo el país. Es singular la significación histórica del suceso. Para quien impulsó su realización, el Presidente Herrera Campíns, tuvo la misma importancia que la construcción de la carretera trasandina llevada a cabo bajo el gomecismo.

En los estudios que ofrece Manuel Caballero en *La pasión*... examina diversos asuntos que tienen que ver con la evolución venezolana en el siglo xx. Tal su esquema sobre nuestros partidos políticos, especialmente concebido para presentar "un conjunto de hipótesis que orientan hasta ahora nuestra investigación, relacionada con tres cuestiones cruciales en la definición frente al planteamiento de la lucha de clases, la cuestión del poder y los problemas del desarrollo" (p. 76); su examen de las consecuencias o derivaciones de los documentos publicados en el llamado *Libro rojo*; su estudio paralelo de los años 1936 y 1958 por considerar que se trata de las fechas claves para la consolidación de la democracia en Venezuela pues "ellas forman parte de un proceso que sólo superficialmente se interrumpe durante algo más de un lustro en los años cincuenta" (p. 102); sus interpretaciones en torno a la personalidad de Rómulo Betancourt; su agudo análisis en torno a Gonzalo Barrios o sus observaciones sobre la izquierda.

Bajo el mote de *Libro rojo* se conoce uno de los libros más legendarios del pensamiento político venezolano en el último medio siglo. Su título fue *La verdad sobre las actividades comunistas en Venezuela*, el cual fue impreso por orden oficial y luego sacado de circulación. En su edición ahora sabemos que tuvo participación

un joven policía llamado Pedro Estrada (ver Agustín Blanco Muñoz: *Pedro Estrada habló*. (Caracas: UCV. 1983).

En el *Libro rojo* se publicó buena parte de la correspondencia que durante los años finales del gomecismo sostuvo Rómulo Betancourt con algunos de sus amigos. Rómulo vivía en Costa Rica. Sus corresponsales en Barranquilla. Espías robaron aquellos papeles de la pensión de exilados donde vivía Raúl Leoni. Al publicarlo el gobierno lopecista salvó para la memoria del país los textos de la formación al menos de dos de las corrientes principales del pensamiento político venezolano actual. Aunque la obra no circuló en su momento algunos ejemplares —como siempre sucede— fueron a dar a manos que lo custodiaron y permitieron así a José Agustín Catalá editarlo hace pocos años. Gracias a esto los estudiosos de nuestro pensamiento político se han podido volcar sobre el *Libro rojo*. Sus páginas nos permiten seguir muy de cerca lo que Caballero denomina “el aprendizaje de un caudillo” (p. 68). Dirigente que no fue otro que Rómulo Betancourt. El valor de el *Libro rojo* lo destaca Caballero al anotar: “Si ahora nos es posible estudiar in vitro el nacimiento de esa ideología democrática que es hoy, mal que bien, la venezolana... es gracias a revolucionarios tan diáces y conspiradores tan bisoños; a policías tan concienzudos y maquiavelos tan poco florentinos” (p. 53).

El *Libro rojo* como señala Caballero permite observar el “anudamiento de los lazos grupales” (p. 55) de aquellos que tras actuar en 1928 dentro de Venezuela va a contribuir a formar la corriente marxista y socialdemócrata. En *El Libro rojo* podemos seguir las raíces del liderazgo de Betancourt (p. 58), su claro sentido político (p. 66-67), su idea de la necesidad de un ideario preciso para oponerse a los caudillos (p. 6). Eso lo expondrá Betancourt en el *Plan de Barranquilla*. Además motorizará como dice Caballero la creación de un espíritu grupal “amplio en la presentación de un programa que pueda calar en las masas” (p. 72).

De la misma forma Betancourt contribuyó a formar “un grupo que surge como una alternativa, dentro de la izquierda, ante los comunistas” (p. 72) y también Betancourt antes de 1931 no desdeña rodearse de gente que lo acompañará en su camino político y esto sin soslayar “la fidelidad del hombre al hombre que ha sido clásica en todos los caudillos” (p. 73). Surge así un caudillo, “de nuevo cuño pero caudillo al fin” (p. 74). Fue así como Betancourt inició los pilares de una obra política construida sobre las bases según Caballero “La proposición de una sociedad alternativa... la construcción de su partido... Acción Democrática fue su obra maestra... a través de los años... fue dándole forma e insuflándole su propia personalidad... a través de un trabajo paciente, perseverante” (p. 137-138). De allí que Betancourt se haya sabido rodear muy pronto de aquellos que estaban dispuestos a formar equipo con él. —como sería el caso de Gonzalo Barrios— para citar a quien examina Caballero en su libro. Barrios es para Caballero un “número dos de primera” (p. 120) ya que no se trata de un segundón, ni de un perrito faldero, sino de alguien que en su momento comprendió la superioridad intelectual de aquél a cuya sombra” han trabajado sin por ello perder nunca su independencia.

Caracas:

Mayo 29, 1983— Abril 15, 1984— Abril 14, 1986